

SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ, *Carta de Serafina de Cristo (1691)*. Edición facsimilar, introducción y transcripción paleográfica de Elias Trabulse. Instituto Mexiquense de Cultura, Toluca, 1996; 54 pp.

Muchos años lleva ya Elias Trabulse buscando, husmeando y rastreando pistas e indicios alrededor de Sor Juana, por lo que me resultaría imposible sólo referirme a su más reciente publicación, la *Carta de Serafina de Cristo (1691)*, sin mencionar algunos de sus estudios anteriores.

Después del interés renovado en Sor Juana a raíz de la aparición de *Sor Juana Inés de la Cruz o Las trampas de la fe* (1982) de Octavio Paz, Trabulse nos ha brindado una verdadera labor detectivesca sobre la monja jerónima. A sus pesquisas debemos ensayos sugerentes, de acercamientos penetrantes, que nos han permitido entender mejor la época y sus mecanismos, amén de los textos y la suerte que corrió nuestra gran figura del siglo XVII novohispano. Con ellas nos previene, guía y hace ver que es sumamente peligroso dar crédito a versiones oficiales o autorizadas que explican un escrito, práctica o suceso a su manera, muchas veces tergiversándolo, pues, en general, encubren las acciones y códigos que lo establecen y reglamentan. Explorador de fuentes originales, Trabulse nos conduce por una bien hilvanada trama al hacerse las preguntas pertinentes, rescatar los documentos que darán respuesta a tales inquietudes y ordenar los textos en una secuencia plena de sentido.

En su Estudio introductorio a la *Carta Atenagórica de sor Juana* (México, 1995) presenta una primicia de la *Carta de Serafina de Cristo*, que hoy nos ocupa. Trabulse muestra que haberla encontrado puede saber con certeza quién fue el verdadero destinatario de la (en su tiempo y muchos años después polémica y discutida) *Atenagórica*. Contrariamente a lo que se creyó por mucho tiempo, no era Vieyra —a quien Sor Juana critica y cuya interpretación de la mayor fineza de Cristo enmienda—, sino su ex confesor, Antonio Núñez de Miranda. Recuerda, además, el hartazgo de la monja —encubierto de obediencia y amor— hacia el jesuita y sus actitudes intolerantes, persecutorias, cargadas de envidia, aunque embozadas de celo piadoso, lo cual mantiene una y otra vez en la *Carta* que le dirige en 1682. De ésta, evidentemente, no se ocupa Oviedo en su *Vida ejemplar* (1702), pues no compaginaría con la intención casi hagiográfica de la biografía de su correligionario.

Además, en su Estudio introductorio Trabulse ofrece pistas dirigidas hacia la *Carta de Serafina de Cristo*. Indica que la supuesta autora estaba muy bien enterada de los choques e incidentes entre su compañera de la Orden Jerónima y el prominente jesuita. Desde el primer párrafo da muestras de haber leído la *Carta de Sor Filotea* y saber de la *Atenagórica*, ya que apunta que el obispo de Puebla, Manuel Fernández de Santa Cruz (bajo el pseudónimo de Sor Filotea), al tener injerencia en la publicación de la segunda, había ajustado “las Atenagóricas cuentas” (p. 26) a Vieyra. Así, cautelosamente hace que ambos compartan la responsabilidad del escrito.

Parecería que Sor Juana ni tan ignorante ni tan muerta en vida (como hubiera querido y requería Núñez de toda monja), pero dada su condición (muy conocida y poderosa, aunque enclaustrada y con voto de obediencia), que la imposibilitaba a dar la pelea de frente para poder seguir dedicándose a las letras profanas, necesitara de una especie de abogada del diablo que la ayudara y defendiera en este difícil percance. Pero ¿quién era esta “misteriosa monja y aliada de sor Juana”? (p. 33). No hay rastro de ella: no aparece en el *Libro de profesiones de San Jerónimo (1586-1713)*; el padre Palavicino en la prédica que dedica a Sor Juana (dedicatoria que, al publicarse el sermón, le valió una severa reprimenda de la Inquisición) no la menciona, como por lo demás tampoco lo hacen Calleja, Castorena, Oviedo o Torres. Sor Juana nunca hace alusión alguna a que una compañera jerónima saliera en su defensa. Por otra parte, tampoco podía no estar al tanto de la *Carta de Serafina*, pues sería ilógico que una monja de este calibre, que vivía en el mismo convento y que tenía “amplios conocimientos teológicos, excelente erudición clásica y gran capacidad de versificación” pasara totalmente inadvertida intra y extramuros. Como bien se advierte, “no saber de ella causa asombro”, amén de que ningún bibliófilo (Beristáin o Medina, por ejemplo) la citó tampoco (p. 34).

En *El enigma de Serafina de Cristo* (Toluca, 1995) el mismo Trabulse se deja de ambages y aclara y explica esta maraña de disimulaciones y ocultamientos. Alude a la imperiosa necesidad de una revisión crítica de la bibliografía tradicional de Sor Juana, pues es muy probable que “la verdadera sor Juana todavía esté en buena medida envuelta en las piadosas brumas que sus primeros biógrafos quisieron dar como la versión oficial de su vida y de su muerte”. Indica, además, que tanto la *Carta* al padre Núñez como la de Serafina revelan tres facetas de la monja jerónima: un *personaje* “de enorme complejidad psicológica y de inteligencia superior” (p. 10); una *escritora* “irónica y mordaz, consciente de su valor y dispuesta no sólo a rebatir sino incluso a ridiculizar a sus adversarios y críticos”; una *mujer* “que luchó casi hasta el final por sus ideas, y que fue vencida por un conjunto de factores que, al actuar en forma simultánea y combinada resultaron más poderosos que ella” (p. 11). (De este último asunto se ocupa el historiador en *Los años finales de sor Juana: una interpretación, 1688-1695*, México, 1995.)

Trabulse describe una Sor Juana bien distinta a la monja obediente y sumisa que durante años se nos hizo creer que era. Persona que al llegar al límite de su paciencia reveló la mordacidad y desafío de que era capaz: atacó y criticó a Núñez en sus terrenos y salió airoso. Además, de una vez por todas se descorre el velo que envolvía a la supuestamente desconocida Serafina al identificarla como el pseudónimo que usa Sor Juana, verdadera autora de la *Carta*, que no necesita de defensoras correccionistas; ella misma basta y sobra.

En esta muy cuidada edición de la *Carta de Serafina* se reitera la información de los estudios previos y se menciona el inventario de bienes que

dejó Sor Juana al morir, en el que se incluyen “quince legajos de escritos, versos místicos y mundanos” (p. 23) que legó a su familia, los cuales, desgraciadamente, no se han encontrado. Con esta información, una vez más, cae por su propio peso otra alteración de la realidad cuando se insistió por años que, ante los ataques de Núñez de Miranda y de Aguiar y Seijas, Sor Juana había sufrido una especie de conversión, se había deshecho de su biblioteca, dejado las letras de lado y guardado silencio hasta su muerte. Con estos documentos que hace poco han salido a la luz, no sólo se comprueba que no fue así, sino que la monja, lejos de condescender, claudicar y retirarse del mundo siguió la batalla con determinación y renovados bríos.

Mediante el análisis externo del documento, Trabulse comprueba datos mencionados en sus estudios anteriores y añade que: *a)* al superponerlas, la rúbrica que utilizó Serafina es la misma que acostumbraba Sor Juana en 1691 y 1692; *b)* una prueba de caligrafía y la comparación con otros escritos indican que la amanuense es sólo una; *c)* la marca de agua del papel es la misma de otros documentos novohispanos de aquel tiempo; *d)* la tinta es la que habitualmente se usaba en manuscritos contemporáneos, y *e)* la crítica interna del escrito —tono beligerante, satírico y burlesco; frases de Serafina que aparecen en otras obras de Sor Juana; reiteradas alusiones al “soldado” (Núñez de Miranda, como jesuíta, era un “soldado de Cristo”); saber muy bien la *Inundación Castálida*— confirma que no se debe a otra pluma que la de Sor Juana (pp. 25-26).

La *Carta*, a veces seria, a veces burlona e irreverente, está escrita en prosa y en verso y consta de siete partes (pp. 37-42). Aunque está dirigida a Sor Filotea, la autora comienza con un rotundo “Mi Señor”, descubriendo así el disfraz del obispo Fernández de Santa Cruz. Una vez que ha puesto en claro que el obispo ajustó las “athenagóricas cuentas” a su enemigo y al padre Vieyra, Sor Juana lo conmina a que adivine el verdadero destinatario de la *Athenagórica*, *si puede*. Se basa en un supuesto amigo anónimo y pone al paso del obispo una serie de enigmas, para ayudarlo en su averiguación que, paso a paso, hábilmente va guiando. Al final, y por si no ha encontrado la solución, le ofrece doce “negras quintillas” —para que le “sirvan siquiera de pizto en la flaqueza que con el dicho soldado se ha descubierto”—, que resumen el contenido de la carta (pp. 41-42).

El historiador parece que se contagia de estos devaneos multifacéticos, magistrales ejercicios del arte de sugerir, pero no decir más que a los enterados, y va filtrando la información poco a poco. Nos hace discernir entre los indicios hasta que nos convierte en cómplices de las intrigas, a la manera del mejor detective (de ficción, claro está). Así, nos conduce a ver a Sor Juana como una especie de gato de Cheshire *avant la lettre*, cuya sonrisa maliciosa, oculta y latente, envuelve su hasta antes de ahora desconocido texto.

Bien sabemos los que nos dedicamos a la investigación de fuentes originales la importancia que tienen los manuscritos, pues nada sustituye su estudio directo. Éste parece ser el credo de Trabulse: historiador de curiosidad insaciable, infatigable investigador que —al hacer las inferencias legítimas entre los documentos y datos del mundo de antaño en que el porvenir y final de un personaje dependía del acomodo al gusto (y en el “mejor” de los casos) a los cánones de los que mandaban—, ofrece información novedosa e interesantes conjeturas y conclusiones. Los estudios a los que me he referido, íntimamente entretreídos, que culminan con la edición de la *Carta de Serafina de Cristo*, ponen de relieve que muchos y mucho tenemos que agradecer a Elias Trabulse esta aportación a la difícil y compleja disciplina de los estudios novohispanos.

MARÍA ÁGUEDA MÉNDEZ
El Colegio de México

JOSÉ JOAQUÍN FERNÁNDEZ DE LIZARDI, *Obras*. T. 13: *Folletos (1824-1827)*. Edición, recopilación, notas e índices de M. Rosa Palazón Mayoral e Irma Isabel Fernández Arias. Prólogo de M. Rosa Palazón Mayoral. UNAM, México, 1995; 1158 pp. (*Nueva Biblioteca Mexicana*, 124).

El presente volumen, el más reciente de las obras de José Joaquín Fernández de Lizardi que desde 1963 edita el Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM, concluye la publicación de los folletos de El Pensador Mexicano. Abarca el lapso de 1824 a 1827, año de la muerte de Lizardi. Le preceden el t. 10, *Folletos (1811-1820)*; t. 11, *Folletos (1821-1822)*; y el t. 12, *Folletos (1822-1824)*. Hay que agradecer sin reservas a María Rosa Palazón Mayoral, Irma Isabel Fernández Arias y a sus colaboradores la ardua labor de recopilación, edición, anotación y confección de índices que ha sido necesaria para reunir estas publicaciones dispersas, escritas al calor del momento y sólo destinadas a un consumo inmediato.

En su prólogo, María Rosa Palazón Mayoral presenta los folletos de Lizardi y describe el período particularmente agitado de la historia mexicana en el cual se insertan, desde el ángulo del pensamiento de Michel Foucault. Palazón puntualiza que en vez de seguir el uso bastante laxo del término de “poder” en los escritos del filósofo francés, hablará de “poder de dominación” (p. ix) para caracterizar las condiciones de vida político-social que en aquel entonces imperaban.

En esta perspectiva, Lizardi es un crítico sincero, aunque no incauto, del “poder” (los gobernantes, los clérigos, los detentadores del capital) y de sus “ovejas” (los lumpen, los oportunistas) que no se atrevían a salirse del redil. Su sinceridad le causaría el reproche de estar poseído